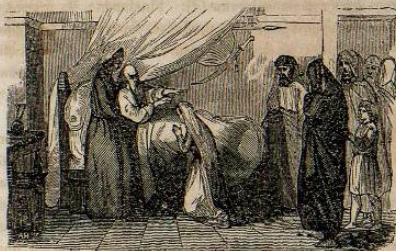


prendieron inmediatamente el sentido de la respuesta del Mesías.

Jesus se levantó, y les siguió á Nazareth. Su perfecta sumision á la voluntad de sus padres, borró bien pronto esa ligera nube. "Pues su madre conservaba en su corazon todas estas cosas. Y Jesus crecia en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres."



LIBRO XVI.

María en las Predicaciones de Jesus.

"DOS mundos hay en la historia, ha dicho uno de los mas bellos genios de nuestra época: el uno mas allá de la Cruz; el otro mas acá." El mundo primitivo, llegado á la decrepitud al tiempo de la mision regeneradora de Jesueristo, presentaba un espectáculo el mas estravagante, porque lo burlesco se daba la mano con lo horrible. El árabe y el galo, despues de haber conservado por espacio de muchos siglos la idea primordial de la unidad de Dios, adoraban la acacia y la encina (1). El indio divinizaba el Ganges, é inolaba victimas humanas á Sactis, diosa de la muerte (2). El Egipto, el pueblo sabio por escelencia, tributaba un devoto culto al ajo, al loto, y á casi todas las plantas bulbosas (3). Las poblaciones desconocidas

de la joven América adoraban al tigre, al buitre, á las tempestades y á las sonoras cataratas (4). Finalmente, los griegos y los romanos, según su propia confesión, llenaban sus templos de demonios (5); y esas naciones de tanto ingenio, tan civilizadas y que abundaban en hombres de un mérito superior, habían divinizado el vicio en sus formas más asquerosas, y poblado su Olimpo de ladrones, de adúlteras y de homicidas.

Las costumbres eran consiguientes á las creencias: la corrupción descendiendo como un vasto río de lo alto de las siete colinas imperiales, inundaba las provincias más remotas. La Judea, que no se había librado tampoco del contagio del vicio, se iba corrompiendo con asombrosa rapidez; su religión no consistía ya en sus dogmas fundamentales, sino en una multitud innumerable de superfetaciones parásitas, mientras que los delirios de sus rabinos resonaban en la cátedra de Moisés (6).

¿Qué había de ser en medio de esas aberraciones deplorables de la soberbia *Razon*, esa reina de las inteligencias, para quien los límites del universo son un horizonte mezquino, y pone á los dioses sobre el lecho de Procrusto? ¿Dónde estaba su imperio? ¿Dónde había plantado su bandera, mientras que por todas partes eran batidos en brecha sus baluartes? Si ella podía sin auxilio extraño reconquistar el terreno que había perdido, ¿por qué no lo hizo?... pero bien conoció que el torrente traspasaría sus débiles diques, é impotente á contenerlo, se contentó con observar sus estragos. Apoyada en la filosofía, lloraba sobre los restos exánimes del cuerpo social, cuya caída no pudo prevenir. Sobre vino el cristianismo, que dijo al cadáver: *¡levántate y marcha!*... el cadáver se levantó y anduvo.

A contar desde este día, una raza nueva, curada de todos sus males y lavada de todas sus manchas en la santa Piscina, se agrupó en torno de la Cruz, que el hijo de María había enarbolado sobre el mundo regenerado, como el trofeo de Dios sobre el infierno.

Esta revelación gloriosa, que colocó la caridad sobre el trono, dándole por acompañamiento todas las virtudes; este suceso para siempre memorable, que cambió la faz del mundo, y cuyo

eco se hará sentir hasta la consumación de los siglos, tuvo á Nazareth por punto de partida. Del hueco de aquella roca sin nombre, fluyó el humilde cristianismo, "manantial oscuro, gota de agua desconocida en que dos pajaritos no hubieran podido apagar su sed, que un rayo del sol habría podido secar; y que hoy, semejante al grande Océano de los espíritus, ha llenado todos los abismos de la sabiduría humana, y bañado con sus aguas inagotables el pasado, el presente, y lo futuro." (7)

Nada se sabe acerca de los medios que prepararon este grande hecho, que domina tan altamente la historia de los tiempos modernos.

Desde su manifestación en el templo, el Hijo de Dios vivió oculto y meditabundo en la compañía de su padre adoptivo, y de su madre. Esta época, perdida para el mundo, fué sin duda aquella en que la Virgen pasó sus días más tranquilos; porque la vida humana no es más feliz, cuando corre con estruendo cual un torrente de invierno, sino más bien cuando parece á una corriente de agua que se desliza en plateados hilos por entre la yerba de las praderas. María, privada de todos los goces del lujo, y hasta de las comodidades del bienestar, pero viviendo al lado de su Hijo, trabajando para él, estudiando sus inclinaciones, viéndole á todas horas, ofreciéndose á él como las primicias de su santa cosecha, haciéndose la primera, la más humilde y la más dócil de sus discípulos, y sometiendo su razón perfeccionada ante la razón superior y la divinidad de su Hijo; María debió ser entonces feliz. Si alguna vez, mientras que Jesús le descubría el sentido más profundo de las profecías, encontraba algún pasaje que hablase de tormentos venideros, una parda nube se extendía sobre la casta frente de la Virgen; bien pronto, empero, su dulce y agraciado semblante volvía á serenarse un poco. La tempestad resonaba todavía lejos, y su barquilla estaba amarrada en una bahía tranquila. Su Hijo estaba allí, y ella pendiente de sus miradas, de sus palabras, de sus menores gestos. ¿Cuánto se afanaba para servir á su Hijo tan querido! ¿Con qué placer velaba noches enteras para hilar, para tejer sus túnicas de trabajo y sus vestidos de fiesta, esa ropa sin costura, obra

maestra de habilidad y de paciencia, que mas tarde....! ¡Ah! pero entonces *el Señor no había consagrado aun á su Cristo sino con aceite de gozo.* Compañera del esposo, la Virgen prudente del Evangelio *dejaba que el día siguiente se proveyese á sí mismo,* “y la paz de Dios, que es superior á toda otra idea, guardaba su corazón y su espíritu.”

Jesus era la misma perfeccion, la omnisciencia, el tres veces santo, el poder y la sabiduría por excelencia, el esplendor y la gloria de su Padre celestial: como Dios, nada podia deber á sus criaturas; pero como hombre, debió alguna cosa á María. Ella fué la que le inició, desde su mas tierna infancia, en las humildes virtudes inherentes á la humanidad, y á sus gustos sencillos y poéticos. Esa dulzura paciente é inalterable, que supo unir á la firmeza de legislador y de profeta; esa compasion misericordiosa, que templaba la indignacion del Dios irritado, y constituía al Hombre-modelo, al justo completo, al sosten y apoyo del hombre pecador; esa ternura tan espresiva y halagüeña hácia los niños, que se complacia en acariciar y bendecir durante su mision divina; mil rasgos imperceptibles, mil reflejos medio absorbidos en las inmensas masas de luz que componen la vida mortal de Jesucristo, llevan el sello de María (8). Así el cielo se embalsama con júbilo con el aroma de las flores, aunque las flores sean hijas de la tierra.

No puede dndarse que Jesus volvía á la Virgen ternura por ternura, y cuidado por cuidado. Una muger tan noble por la sangre y por el corazón, tenia derecho al respeto de todos; pero muy particularmente del Hijo por cuyo amor se habia impuesto, en la primavera de su vida, tantas privaciones, trabajos y sacrificios. AQUEL que en el cielo tendria cuenta hasta de un vaso de agua dado en su nombre, debió guardar con amor la memoria de las obligaciones que debia á su madre. Si vemos, en el Evangelio, que Cristo habló algunas veces á su divina madre menos como su Hijo que como su Señor, no era esto de su parte falta de afecion, ni indiferencia, sino porque se aislaba de cuanto le rodeaba en la tierra, para mejor glorificar á su Padre, cuyos intereses debieron siempre marchar en primera línea, y ante cuya grandeza todo desaparecia en el espíritu de Jesus. La Virgen conocia harto bien

la mision sagrada de su Hijo, para perturbarse con sus palabras alguna vez severas: esperaba, entonces, que el legislador hiciese lugar al jóven galileo á quien habia alimentado con su leche; y jamás la transformacion se hizo aguardar mucho tiempo; la naturaleza humana concedia bien pronto lo que la divina habia rehusado.

En la época en que Jesus cumplia veinte y nueve años, el ángel de la muerte vino á diezmar la santa familia. José, aquel patriarca de costumbres antiguas, cuya fé sumisa y la sencillez de corazón recordaban á Abraham y la época de las tiendas; José, que el mismo Espíritu Santo ha condecorado con el hermoso título de *Justo*, se durmió dulcemente en el seno del Señor, entre su Hijo adoptivo y su casta esposa. Lloráronle Jesus y María, é hicieron al rededor de sus frios despojos una triste vigilia de difuntos; solo el viento de la media noche se mezcló á los lamentos de la pobre familia. Los Nabales de la Galilea morian con mas fausto, aunque no tuviesen mas allá de la tumba las magníficas esperanzas del *carpintero* de Nazareth.

Los funerales del hijo de David fueron humildes como su fortuna; pero María derramó abundantes lágrimas sobre su lecho fúnebre, y el Hijo de Dios se puso á la cabeza de este sencillo duelo. ¿Qué Emperador obtuvo jamás tales exequias?

En fin, llegó el tiempo de predicar el Evangelio, y AQUEL á quien Dios destinó desde *ab eterno* á ser su pontífice y su apóstol, dejó á Nazareth, para encaminarse á las orillas del Jordan, en que bautizaba Juan. Entre la Virgen y su Hijo debió tener lugar una sensible y solemne despedida. La vida pública de Jesus iba á empezar. Solo, pobre, salido del pueblo, sin otros recursos que su valor, su paciencia y el don de milagros que jamás empleó para su uso personal, iba á atacar un órden de cosas *no bastante fuerte para resistirle, pero lo bastante para hacerle morir* (9). La Virgen no pudo evitar un movimiento de espanto, viendo á Jesus lanzarse sobre la mar borrascosa del mundo judáico, en que habian naufragado tantos y tan ilustres profetas. Ella conocía el orgullo invencible de los fariseos, el fanatismo mezquino y rencoroso de la Sina-

goga, y los caprichos sanguinarios de Herodés Antipas: ¡conocía también los oráculos del Mesías que hablaban de tormentos y de ignominia!... La hija de los reyes de Judá, que no era de un linaje débil, y que sabía que su Hijo era Dios, no por eso dejó de tener su alma lacerada por esta primera despedida, que le parecía el preludio y la imagen de una separación todavía más cruel. Ella dejó partir á Jesús, arrancándosele el corazón; y cuando el ruido de sus pasos se fué gradualmente debilitando á medida que se alejaba; cuando se encontró sola, completamente sola en esa casa en que había pasado tantas horas y tan dulces entre su Hijo y su esposo, dejó caer la cabeza entre sus manos, y quedó muda y pensativa como la estatua del Dolor sobre la piedra de un mausoleo.

La ausencia de Cristo se prolongó bastante: la Virgen supo con admiración profunda, pero sin sorpresa, las maravillas de su bautismo, durante el cual la Trinidad, por decirlo así, se había manifestado y revelado á los hombres. Díjosele que una blanca paloma extendía sus alas divinas sobre el Salvador de los hombres, mientras que al mismo tiempo una voz del cielo le proclamaba el Hijo del Altísimo. A este gozo siguióse una inquietud extrema, cuando llegó á su noticia que salido apenas Jesús de las aguas del Jordán, se había internado solo en las gargantas profundas y peligrosas de la alta montaña de la *Cuarentena* (10), para prepararse, por medio de la meditación, del ayuno y la oración, á la grande obra de la salvación del mundo. ¡Cuánto no debió sufrir su corazón de madre, al pensar que Jesús iba errante por una región estéril y desolada, donde los mismos pájaros no encuentran ni una sola mata de musgo para su nido, ni una flor salvaje para mantener su pobre vida, y en que todo es piedra y fuego! ¡Qué angustias, cuando la tempestad bramaba á lo lejos! ¡Dónde estaba Jesús? ¡Qué hacía solo y sin abrigo en esas montañas de Jericó, cuyos peligrosos senderos, llenos de guijarros, serpentean por medio de espantosos precipicios? (11) ¡Ningun medio de salvarse, si se le resbalaba un pie á la orilla de un abismo! ¡ningun socorro, si durante este ayuno tan austero, tan largo y tan poco conforme á las fuerzas de la naturaleza, caía de debilidad en el camino! Esos cuarenta días fueron para

María cuarenta siglos: la inquietud maternal hace de cada minuto pasado de este modo, una eternidad; mas Jesús al cabo volvió á Nazareth con sus discípulos; y su presencia, tan deseada, fué para María como el soplo embalsamado de la primavera después de los hielos del invierno.

Batonce fué cuando se celebraron unas bodas en Caná de Galilea. Los esposos, que eran parientes de la santa Virgen (12), convidaron á María, á Jesús y á sus discípulos, y todos aceptaron aquella cordial invitación; y María, siempre buena y obsequiosa, se anticipó para ayudar á los preparativos del festín, en que las costumbres del país exijian cierto grado de esplendor. Sin embargo, la reunión era numerosa y la familia pobre; el esposo había calculado mal, y los pellejos del vino estaban casi agotados, cuando nuestro Señor, que quería elevar el matrimonio al rango de las cosas santas, purificándole con su presencia, entró en la sala del banquete, seguido de Pedro, de Andrés, de Felipe y de Natanael, cuatro jóvenes pescadores, á quienes había inspirado la confianza de su misión y de su genio. El vino faltó completamente á la mitad de la comida; y habiéndolo María observado la primera, en vista de una señal de apuro de los esposos, volvióse hácia Jesús, que estaba colocado á su lado, y le dijo con santa y caritativa intención: “no tienen vino.”

Jesús le respondió en voz baja y acentuada: “muger, ¿qué hay de comun entre vos y yo? Mi hora no ha llegado aun.” (13)

La Virgen, que deseaba salvar á sus parientes de una humillación que les hubiera cubierto de vergüenza, no se tuvo por desairada. Ella juzgó que si no había llegado aun la hora de la manifestación, la adelantaria Jesús por consideración hácia ella, á pesar de la austeridad de sus palabras; y con aquella fé que sacaría los montes de sus quicios, dijo con suavidad á los criados: “Haced todo lo que os diga.” Había allí seis grandes cántaras de piedra, que servían para las purificaciones; por mandato de Jesús, llenáronlas hasta el borde del agua pura de una fuente vecina, y esta agua se convirtió en vino delicioso.

Así fué como la santa Virgen logró las primicias de los

milagros de su divino Hijo, y su intercesion misericordiosa hizo ablandar la misma voluntad de Dios.

El milagro de Caná fué bien pronto seguido de otros muchos, que marcaron con el sello de la divinidad la sublime y providencial mision del Salvador. A su voz, se aplacaban los huracanes, las enfermedades humanas desaparecian, los demonios eran arrojados á su sombrío reino, los cadáveres salian del sepulcro; y do quiera se fijaba la huella de sus benditas plantas, se aliviaban y calmaban todos los dolores del alma y del cuerpo (14). Venian á él de Sidon, de Tiro, de la Idumea y de la Arabia; la multitud, agrupándose á su paso, besaba la orla de sus vestidos, y le pedia con fé pura y humilde la salud y la vida: cosas que solo un Dios puede conceder.

María, á quien nuestro Señor no habia juzgado aun conveniente asociar á su vida penosa y errante, escuchaba esas narraciones maravillosas con un gozo mezclado de turbacion, y una admiracion inquieta. Sus alarmas eran fundadas; porque si el pueblo seguia al Mesías colmándole de bendiciones, los fariseos, los escribas y los príncipes de la Sinagoga comenzaban á escandalizarse en gran manera de la conducta del Hijo de Dios. El perdonaba los pecados; ¡qué blasfemia! Consolaba y convertia á los pecadores; ¡qué bajeza! Curaba á los enfermos el dia del sábado; ¡qué impiedad tan grande y notoria! Su doctrina se deslizaba de sus labios como un benéfico rocío, y no como una lluvia de tempestad; en nada, pues, se semejava á los antiguos profetas. El predicaba la humildad, el perdon de las injurias, la pobreza voluntaria, la limosna hecha por amor de Dios y sin saberlo los hombres, la caridad universal.... ¡Cuál otra doctrina de algun innovador fué nunca como aquella! A cada nueva predicacion que hacia, se levantaba contra él una multitud de enemigos, ya fuese en las ciudades, ya en el desierto. El no podia combatir la hipocresia sin chocar con los fariseos; clamar contra la avaricia y la usura, sin indisponerse con los doctores de la ley. Los descontentos, prontos siempre á urdir tenebrosas conspiraciones que estallaban en locas y sangrientas revueltas, se escandalizaban de que no predicase la sedicion contra el César; los partidarios de Herodes le acusaban de ambicionar el trono;

y los saduceos no podian sufrir que predicase la vida eterna. Esos hombres, divididos en miras, en creencias é intereses políticos, daban tregua á sus sordas antipatías, para unirse en su odio al *Galileo*. Hacian causa comun con la intencion de dañarle, y se rennían contra él para perderle. Cada palabra era un lazo, cada sourisa una traicion, y cada elogio una insultante befa. Tratábanle unos, sin consideracion alguna, de impostor, de hereje, y de *samaritano*; otros insinuaban con astucia que era un loco; mas la cohorte mas compacta componiase de aquellos envidiosos de baja ralea, incapaces de hacer nada bueno, pero ardientes para denigrar y dañar, que despedazan todas las glorias, y cuyos ojos, amigos de las tinieblas, pestañearian de horror al escaso resplandor de una luciérnaga oculta en una mata: aquellos, fastidiados de las alabanzas que el pueblo rendia á aquel nuevo profeta, y no pudiendo negar sus milagros, se los disputaban para atribuirlos á Satanás. “Si arroja á los demonios, *In Beelzebub principe demoniorum ejicit demonia*” (15). Esos vagos rumores espantaban á María, y el siniestro modo de pensar de los que la rodeaban, no era muy propio para tranquilizarla. De todas las ciudades de la Galilea, Nazareth era la mas incrédula y endurecida á la palabra santa; y de todas las familias de Nazareth, la de Jesueristo era la menos dispuesta, parece, para aceptarle por el *Rey Mesías*. Como el divino alumbramiento de la Virgen no habia sido jamás revelado á sus parientes, y los milagros que habian acompañado la infancia del Señor, habian acontecido en regiones distantes, ellos no veian en el hijo creído de José mas que un jóven israelita, sin estudios, educado entre ellos, alimentado como ellos, alojado con mas pobreza, vestido con mas sencillez, y viviendo diariamente con el producto del trabajo de sus manos, y el cual no le ponía en relacion sino con las clases inferiores. El Cristo, que queria ennoblecer la pobreza aceptándola como patrimonio en herencia, sufrió las consecuencias de la posicion poco favorable que él mismo se habia elegido. “*Sus hermanos*, dice san Juan, no creian en él” (16). La fama de los milagros que acompañaban la predicacion del Evangelio asombró á esos tercos

nazarenos, sin poder convencerlos. Sabiendo que Jesús era saludado por toda la Galilea con el título peligroso de *Hijo de David*, y que turbas de dos ó tres mil personas se apiñaban á su alrededor para oírle, temieron que esas reuniones numerosas causasen recelos á Herodes Antipas, y que por consiguiente los descendientes de los reyes de Judá fuesen inquietados por causa del jóven Profeta. Preocupados de esta idea, dijeron públicamente que Jesús era un insensato, y juraron que lo conducirían á Nazareth con buena escolta. Ocultando cuidadosamente á María este complot de familia, se la llevaron con ellos á Cafarnaúm, á fin de autorizarse con su nombre para llegar mas fácilmente hasta Jesús. (17)

El Mesías enseñaba en la Sinagoga, en medio de una multitud de oyentes atentos y respetuosos, cuando llegaron los nazarenos. Blasonando una autoridad que no temieron abultar á los ojos de la muchedumbre, como lo observa san Juan Crisóstomo, hicieron saber deliberadamente al Salvador que sus hermanos y su madre le aguardaban fuera; mas Jesús leyendo en el pensamiento secreto de sus parientes segun la carne, y aprovechando esta circunstancia para ensanchar los estrechos límites de la antigua ley, adoptando solemnemente y sin escepcion de personas toda la grande familia humana, dió esta respuesta admirable al indiscreto mensaje de sus parientes: "Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?" En seguida, dirigiendo sus miradas sobre sus numerosos discípulos: "Mi madre y mis hermanos, esclamá, son aquellos que escuchan la palabra de Dios, y la practican." Despues de esta reprensión severa que los hijos de Alfeo pudieron comprender, Jesús salió inmediatamente, dice san Juan Crisóstomo, *para tributar á su madre todo el honor que el decoro exigia de él.*

Luego que habo saludado á María y detenidose algun tiempo con ella á la orilla del mar, el Salvador subió á un barquichuelo, desde donde se puso á enseñar al pueblo. La Virgen, confundida entre la multitud, pero profundamente atenta, escuchó con religioso silencio la parábola del sembrador. Los nazarenos, asombrados por la elocuencia irresistible y la dignidad sobrehumana de Jesucristo, se preguntaban sorprendidos,

si era verdaderamente el hijo de María. Esperimentaban esa especie de fascinación que encanta á la serpiente de los desiertos de América, cuando oye en el fondo de los bosques la suave música que la atrae. Ellos habian venido con la presteza del miedo, con la elocuencia del egoismo, y con la arrogancia de la superioridad, para apartar á Cristo de su peligrosa mision; y flaqueaban á su simple mirada, hasta el punto de no atreverse á desplegar los labios en su presencia. Esto es lo que indica claramente el testo de san Márcos, quien, despues de habernos iniciado en sus intenciones hostiles, en ninguna parte da á entender que se atreviesen á hablar siquiera á nuestro Señor.

Algun tiempo despues, Jesús volvió á Nazareth. Grande fué el gozo de la santa Virgen. Ver á su Hijo sentarse sobre la misma estera en que se sentaba cuando niño; comer el pan que habia cortado, bendiciéndole; llevarle ocultamente á la cabecera de algun pobre enfermo, á quien volvía la salud, encargándole el secreto; ver poderoso en obras y palabras al que por espacio de tanto tiempo habia sido el hombre del silencio y del trabajo, era demasíada felicidad en la copa de su existencia. Empero Dios, que affige muchas veces á los que aman, derramó en breve en aquella copa una gota de hiel. El día del sábado, el Hijo y la madre se fueron juntos á la Sinagoga: un gran concurso del pueblo se habia reunido allí, para ver y oír á Jesús; mas la prisa de los nazarenos no tenia aquel carácter de confianza y de atención respetuosa, que Cristo habia encontrado tan frecuentemente en otras partes. Allí estaban escandalizados de antemano de lo que iba á decir y hacer el Hijo de la Virgen, y admirablemente dispuestos á arrojarle la primera piedra, si la ocasion se presentase.

Hay países decididamente hostiles á todo lo que les honra, hasta que la yerba de los sepulcros crece sobre la tumba de todo lo que es objeto de su envidia.

Uno de los ancianos presentó al Salvador de los hombres el libro del profeta Isaías; y Jesús, desplegando el pergamino, leyó este pasaje con una gracia sencilla y una dignidad maravillosa: "El espíritu del Señor ha descendido sobre mí; por esto me ha consagrado con su unción: él me ha enviado para predicar el Evangelio á los pobres, para curar á los que tienen

el corazón enfermo, para anunciar á los cautivos su libertad y á los ciegos el recobro de la vista; para poner en libertad á los que padecen en cadenas; para publicar el feliz reinado del Señor."

Cerrando entonces el libro, se sentó, y hablando con aquella elocuencia viva y natural que impresionaba tan fuertemente á sus oyentes, se aplicó á sí mismo el oráculo del Mesías, y enseñó no como un discípulo de la Sinagoga, sino como maestro de la misma Sinagoga. Un sordo rumor circuló por toda la asamblea. Unos se maravillaban de la pureza y de la gracia de sus discípulos, mientras que otros, fieles á su sistema de difamación despreciativa, decían en alta voz: "¿No es este el hijo del carpintero?" Y Jesús, penetrando sus pensamientos y leyendo como en un libro abierto en aquellos corazones falsos y envidiosos, les arrojó estas palabras, tan verdaderas, que han llegado á ser proverbiales: "Un profeta en todas partes es honrado, menos en su patria, en su casa, y en el seno de sus parientes." Como él sabía que tenían intención de pedirle prodigios semejantes á aquellos que había presenciado la ciudad de Cafarnaúm, les dijo claramente que su incredulidad les había hecho indignos de ellos, y que para obtener milagros es preciso solicitarlos con fé. Acudiendo, en seguida, á la propagación de su Evangelio, y á aquel olivo silvestre ingerto en el antiguo tronco de la Sinagoga, que simbolizaba la vocación de los apóstoles: "Yo os digo en verdad que había muchas viudas en Israel en tiempo de Elías, cuando el cielo estuvo cerrado por espacio de tres años y seis meses, y hubo una horrorosa hambre en toda la tierra; y sin embargo, Elías no fué enviado á casa de ninguna de ellas, sino á la de una muger de Sarepta, en el país de los Sidonios. Había también muchos leprosos en Israel en tiempo del profeta Eliseo; y sin embargo, ninguno de ellos fué curado, y sí solamente Naaman, que era de Siria."

Estas últimas palabras fueron la gota de agua que hizo desbordar el vaso. Heridos en su orgullo nacional, en sus odios hereditarios, en sus esperanzas tradicionales, todos los de la Sinagoga llenáronse de un furor que pedía sangre. *Levantáronse en tumulto, arrojaron á Jesús fuera de la ciudad, y*

le llevaron hácia la cima de la montaña en que estaba edificada á fin de precipitarle.

Sentada la Virgen en medio de las mugeres del pueblo, en una tribuna enrejada, había observado con una ansiedad mezclada de temor, los progresos crecientes de la tormenta. Leyendo los siniestros proyectos de los nazarenos en su vista alterada y en sus gestos furiosos, no titubeó en arrostrar el peligro para abrirse un camino hasta su Hijo; mas sus fuerzas engañaron su valor. Allí era de ver cómo corrían esos judíos que tuvieron siempre los pies ligeros para derramar la sangre; y María, temblando como la hoja de un árbol, y pudiendo apenas sostenerse, marchaba de lejos tras ellos, como en un sueño. Ella ve á Jesús en la cumbre de la roca escarpada que domina un horroroso precipicio, ella oye desde lejos los gritos de muerte; flaquean sus rodillas, estiéndose una nube opaca sobre sus ojos, espira su voz en medio de un doloroso gemido, y cayó desmayada, como una rama florida que la tempestad ha despedazado en su carrera, y quedó postrada en la colina con el rostro contra el suelo (18).

Entre tanto, encarnizados los lobos en la persecución del Cordero, habían sido burlados en sus designios: la hora del sacrificio no había sonado aun para el Hijo del hombre, y ninguno podía atentar contra su vida, si él no la entregaba. Llenando de ceguera á esa horda homicida, Jesús pasó en medio de sus discípulos, sin ser de ellos conocido, y tomó de nuevo el camino de Cafarnaúm, á donde fueron á reunirse con él su madre, María Cleofas y los hijos de Alfeo.

Jesús, después de haber predicado el Evangelio en las cercanías del bello lago de Tiberíades, cuyas olas brillan como la luz, y obrado también el gran milagro de la multiplicación de los panes en el gran desierto de Bethsaida, atravesó el Jordán con sus discípulos, para ir á Cesarea de Felipe, la antigua Dan de Nephtali, á quien Felipe, hijo de Herodes, acababa de cambiar el nombre; y de paso visitó las aldeas y pueblecillos situados en su camino.

En esta época fué, probablemente,—porque Estevan (20), que cuenta aquel hecho tradicional, deja indecisa la fecha,—cuando las aguas ya santificadas del Jordán, presenciaron una

tierna ceremonia. Jesus, María, y los apóstoles se dirigieron un día á la salida del sol, hacía ese hermoso rio profundamente encajonado, que, segun Tácito, corre á traves de dos lagos y va despues á lanzarse en el tercero (20). Una vegetacion magnífica adorna las orillas; acá y allá se levantan pequeños islotes de su seno, estendiéndose en medio de sus doradas ondas cual graciosos canastillos de verdura, de frutas y de flores; garzas azules se cernian sobre sus floridas islas, donde las palomas y las blancas tortolillas hacen siempre sus nidos de musgo sobre las ramas de los granados silvestres. El rocío brillaba sobre las verdes hojas de los árboles, cual una lluvia de pulidos diamantes; y los juncos del Jordan, que ocultan á veces á los tigres, se doblaban suavemente bajo la brisa ligera, que agitaba las cimas de las palmeras, de donde colgaban racimos de dátiles color de coral. En la ribera opuesta, y sobre las pendientes de las altas montañas grises y jaspeadas de rojo, veíanse pacer hacía lo lejos numerosos rebaños de gacelas; mientras que en las llanuras arenosas volaban sus corceles, rápidos como el viento, algunos feroces hijos del desierto, armados con aquellas largas lanzas de caña cogidas en las riberas del Eufrates, de las cuales se sirvieron desde los siglos cercanos al diluvio, si se ha de dar crédito á las leyendas persas (22). Nubes de un violeta del mas rico tinte, ó de un color de rosa dulce y pálido, flotaban cual hermosas flores por el vivo azul del firmamento; y el ruisueñor, que se complacia en cantar entre los grandes sicómoros que sombreaban el rio sagrado de la Palestina, dejaba oír sus dulces y encantadores acentos.—La naturaleza estaba de fiesta por el bautismo de María.

La Virgen iba vestida de blanco, segun el uso de los hebreos cuando figuraban aisladamente en alguna santa ceremonia, y permaneció grave y profundamente recogida, al lado de su Hijo y de su Salvador, hasta que entraron al rio. Levantando entonces con su divina mano el velo oriental de su bella y casta madre, fijó sobre ella Cristo su dulce y penetrante mirada con una ternura infinita; despues dejó caer sobre la Virgen el agua sagrada que regenera; y EL que era una de las tres divinas personas, la bautizó en el nombre de la Santísima Trinidad.

Entonces fué cuando la santa Virgen dejó sus costumbres solitarias, para seguir á Jesus en sus viages. Ella le habia piadosamente servido por espacio de treinta años, en pais extranjero y en el de sus abuelos; ella habia trabajado para él, llorado sobre él, sufrido por él, y como nos lo dice san Alberto el Grande, le habia adorando continuamente dia y noche, desde que niño aun sollozaba en su cuna, exhalando tiernos vagidos. Era, pues, natural que uniéndose ahora á su suerte perseguida, abandonase el pacifico techo que le habia visto nacer, para marchar tras sus benditas huellas, mientras que él enseñaba el Evangelio á los hebreos.

En medio de las agitaciones de una vida llena de turbacion y de lágrimas, la Virgen fué admirable como siempre. Amando á Jesus mas que madre alguna amó nunca á su hijo, y siendo la única que podia llevar ese amor extremo hasta los últimos limites de la adoracion, jamás su ternura maternal le distrajo en provecho propio de los momentos cortos y preciosos de su mision regeneradora; jamás le habló de sus fatigas, de sus temores, de sus siniestras previsiones, ni de sus necesidades personales. María no era solamente una paloma santa que se esconde en el hueco de una peña, una virgen pura destinada á alimentar con su leche y á mecer en sus brazos un huésped celestial: era una muger fuerte, que el Señor se complacia en colocar sucesivamente en todas las situaciones de la vida, á fin de dejar á las hijas de Eva un ejemplo que seguir y un modelo que imitar.

No hubiera sido conveniente que la Madre de Dios siguiese sola á Jesus y á sus apóstoles al traves de la Judea; así es que componian el séquito de la Virgen, María de Cleofas, madre de Santiago, de Simon, de José y de Judas, vulgarmente llamados los *hermanos* del Señor; Salomé, madre de los hijos de Zebedeo, á quienes el Salvador amaba mucho; Susana, esposa del mayordomo del Tetrarca, y algunas galileas ricas, pero que se habian hecho pobres por Jesucristo. Una de ellas, judía jóven, rica, noble y de una sorprendente hermosura, era la mas tiernamente obsequiada de la divina madre de su Señor. Esta muger, cuyo corazon ardiente, pero agitado de tormentas como las olas del mar Egeo, habia alimentado mil impuras llamas á

la faz del mundo y arrostrado la opinion pública con burla y desprecio, habia venido sumisa y penitente á doblar su altiva cabeza bajo los piés de Cristo, y pedir al que confesaba por su Dios la curacion de los males de su alma; y el casto amor del Señor habia absorbido todos los vanos amores y todas las aficiones mundanas de la jóven dama de Magdalen. Ella habia pisoteado sus collares de perlas, sus cadenas de oro y de pedrería, vendido su palacio situado entre las adelfas, laureles y rosales que circuyen el hermoso mar de Galilea; y al presente, sin otro adorno que un pobre sayal y su magnífica caballera negra con la que habia enjugado los piés del Señor, la jóven patricia, rica por sus limosnas y mas bella con sus nuevas virtudes, derramaba las lágrimas de su arrepentimiento en el seno misericordioso y puro de Maria. La Virgen inmaculada habia recibido en sus brazos y acogido en su pecho á la grande pecadora, y cultivaba en ese suelo fértil y por largo tiempo inculco, las flores que se abrian para el cielo.

Despues de muchos padecimientos y sustos largos de referir, la Virgen entró en Jerusalem, la ciudad funesta, en seguida de Jesucristo, para celebrar la última pascua que el Señor hizo con sus discípulos. Ella vió á los habitantes de la ciudad de los reyes salir en tropel al encuentro del Hijo de David, que venia á ellos lleno de dulzura, montado como lo acostumbraban los jóvenes príncipes de su linage, y recibiendo con benignidad los sencillos obsequios que le ofrecia espontáneamente esa multitud deseosa de ver á su profeta; porque Jesucristo no desechó jamás los humildes testimonios de gratitud y de amor que le ofrecieron sus criaturas. Por pequeñas que fuesen esas muestras de afeccion y de agradecimiento, eran recibidas con una bondad divina desde el momento en que salian del corazon.

Magdalena, contemplando á la vez á su Señor y á esa multitud de pueblo que hacia resonar los aires con los gritos de *hosanna*, lloraba tiernamente bajo su velo. Maria tambien tenia los ojos humedecidos; pero sus miradas estaban dirigidas hácia el Nordeste, con direccion al *Calvario*.



LIBRO XVII.

María en el Calvario.

LAS palmas que los hijos de los hebreos habian arrojado bajo los pasos de Cristo, cubrian todavia con sus verdes hojas el áspero camino de Betánia; el eco del valle de los cedros (1) repetia aun los lejanos sonidos de los gritos de triunfo y de júbilo con que la hija de Sion habia saludado al *Rey pobre*, cuando Jerusalem fué profundamente conmovida por un nuevo suceso, de una grande y triste importancia.

Los príncipes de los sacerdotes, los senadores y los fariseos, descaban aprehender, aunque fuese á precio de oro, y sin retroceder ante la traicion doméstica, á un *gran Culpable* que ponía en peligro, segun decian, el culto y el estado. Preciso era, efectivamente, que ese hombre fuese muy peligroso, pues